

EL CASTELLANO

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

Año I.

TENDILLAS, 21

TOLEDO 30 DE MARZO DE 1904

SUSCRIPCIÓN

Trimestre. 075
Año. 275

Núm. 10.

ANUNCIOS ECONÓMICOS

PAGO ADELANTADO

La soledad de María.

Graves y perentorias ocupaciones hanme impedido acceder a los ruegos del Director de EL CASTELLANO. Pedíame unas líneas para el extraordinario de este periódico en la presente Semana Santa, y faltándome tiempo para dictarlas y mucho más para escribirlas, no me había sido posible complacerle. Pero hoy insiste con nuevos bríos, y, en su afán de honrar mi firma, se contenta con una cuartilla, con un pensamiento, con una frase sobre los sublimes misterios que en estos días recuerda la Iglesia; y, aunque con un pie en el estribo para salir de Toledo, me es forzoso darle gusto. La amistad que a ambos nos une, quedaría muy mal parada si obrara yo de otro modo. Así que, para contento suyo y mortificación mía por no poder escribir algo digno de las firmas que han de brillar en el número de su publicación, consagro a conmemorar los grandiosos episodios de la Pasión del Dios-Nombre, allá va el pensamiento que me sugiere la soledad de la Virgen Nazarena, que todos ponderamos y pocos ó ninguno comprendemos.

La soledad de María ni puede representarse ni describirse. Trabajan en vano cuantos se esfuerzan por sensibilizarla. El Evangelio, que bosqueja las alegrías de esa Mujer singular y descubre aunque ligeramente sus dolores inefables, no tiene ni una palabra siquiera para la soledad de la Virgen: es que el hombre no puede formarse idea adecuada de lo que fué aquella soledad. María, la Madre de Dios, se encuentra sola por vez primera de su portentosa vida, sola la que en su infancia se vió siempre acompañada cuando contemplaba a las muchedumbres hebreas dirigirse a Jerusalén desde las orillas del Nilo, del Tigris y del Eufrates, sola y sin ayuda la que era escoltada por los Ángeles cuando admiraba las frondosas arboledas de Siquén y los altísimos picos de Nebal, y cuando atravesaba las montañas de la Siria, y cuando se recreaba en la robusta vegetación del Líbano, sola hoy que tiene pesares que la agobian, hoy que su corazón quiere estallar en el pecho. ¿Quién será capaz de comprender esto, de penetrar en el estado del ánimo de esa Madre sin segunda, de tocar el fondo de esa alma abrevada de amargura?

Los oradores sagrados hacen esfuerzos titánicos para sondear este abismo, pero no llegan a conseguirlo. El primer sermón de soledad aun está por escribir. Los que andan impresos son sermones de dolores con un título robado a un asunto muy distinto.

Y es que la soledad de María es algo que se escapa a la perspicacia humana, algo que trasciende del dolor y de la pena, algo que no se describe ni se pinta ni se palpa. Las estepas del Volga, las pampas de América, el silencio que en las alturas observan los aeronautas y el mutismo que se advierte en las regiones etéreas, podrán servirnos de norma para concebir la soledad de la naturaleza, mas no para conocer la soledad de María. Esta soledad inenarrable no fué material ni física ni pudo en el mundo de los cuerpos tener grabada su imagen; es superior a todo esto, porque fué desolación de espíritu. Después del entiero de su hijo, la Virgen no estuvo nunca materialmente sola. El Amado de Jesús, el Evangelista San Juan, la recibió como madre suya en la cumbre del Calvario, y ni él ni las piadosas mujeres

que lloraron en la muerte del Justo, es de presumir abandonasen a María en su terrible desgracia. Y sin embargo, la Iglesia nos dice con gran verdad que allí no había quien consolase a María, que ésta quedó sola, sin auxilio, sin alivio, sin consuelo.

¿Qué soledad fué, pues, la soledad de la Virgen? ¿Qué definición merece? ¿Cómo se podrá expresar? Si al responder a estas pre-

en el Testamento Antiguo, ó en su forma completa, *Josué*, ó en la abreviada *Iesú*; y así vemos que le llevó el caudillo que introdujo a Israel en Palestina y el primer gran sacerdote del templo después de la cautividad. Hablando el *Eclesiástico* de Josué, dice que «fué grande conforme a la significación de su nombre.»

No fué impuesto por la madre, según costumbre hebrea, sino por el Padre celestial, y así dijo el Ángel a San José: «Le llamarás

bre de Cristo se refiere a la función, como el de Jesús a la persona; y tanto en la Escritura como en el lenguaje corriente de los cristianos, se usan separados ó juntos estos dos nombres, con la particularidad de que los libros santos unas veces emplean el segundo con artículo, el CRISTO, y otras veces sin él, *Cristo*; pero es mayor el número de ellas en que usan el artículo.

Además de estos dos, que son los principales, se le dan otros muchos, de entre los cuales pondremos los siguientes del Antiguo Testamento:

ABRAH, «Padre del siglo futuro» le llama Isaías, indicando con ello su poder absoluto sobre todo, como poseedor y amo de la eternidad, que viene a ser su característica, en expresión de Tertuliano; en el mismo pasaje de Isaías recibe los nombres de EL, «Dios,» por su naturaleza divina; GIBBON, «Fuerte,» héroe, como que había de triunfar de las potencias infernales conjuradas contra Él, a lo cual alude el Salvador cuando en el Evangelio nos habla del «fuerte armado a quien vence otro más fuerte»; PELÉ, «Admirable,» con lo cual se indicaban las maravillas que que habían de acompañar a su nacimiento, vida, pasión y muerte, resurrección y ascensión, lo mismo que a la Iglesia por él fundada; YOEN, «Consejero,» como encargado y confidente de su Padre, cuya voluntad vino a anunciar a los hombres, según lo confiesa por San Juan; SAR SALOM, «Príncipe de la paz,» en conformidad con lo que decía a sus discípulos: «Os dejo la paz, os doy mi paz;» por lo cual a su nacimiento cantaban los ángeles: «Paz en la tierra a los hombres de buena voluntad»; IMMANU' EL, «Dios con nosotros,» lo confirma Habacuc en su cántico, al decir: «Después de esto se dejó ver en la tierra y conversó con los hombres,» y San Juan, después de decirnos que el Verbo era Dios, añade que «se hizo carne y habitó entre nosotros.»

También se le dan los nombres de SHON, «El que ha de ser enviado,» como le llamó Jacob cuando bendecía en su lecho de muerte a Judas su hijo; el Salvador se apropia este nombre diciendo a sus Apóstoles: «Como me envió mi Padre, así os envío yo;» ADON, «Señor» le llamó David cuando escribió: «Dijo el Señor a mi Señor,» palabras que Jesús expuso a la consideración de los fariseos preguntándoles de quién era hijo el Cristo; DAVID le apellidan los profetas Ezequiel y Ageo, porque era descendiente de aquel rey, cuyo reino debía restaurar y amplificar, conforme a la promesa del Ángel: «Y le dará el Señor Dios el trono de David su padre, y reinará en la casa de Jacob por siempre, y su reino no tendrá fin,» ESED, «Siervo,» por la naturaleza humana que tomó y con la cual nos redimió; a este nombre hace alusión el Hijo de Dios cuando dice que «vino a servir, y no a ser servido,» y San Pablo cuando asegura que se humilló hasta la muerte y que «tomó la forma de siervo,» «hecho a semejanza de carne de pecado;» JEHOVAH SHINQUEN, «Jehovah nuestra justicia,» ó como traduce la Vulgata, *Dominus justus noster*, denominación tomada de Jeremías; porque Jesús es nuestra justicia, no con la que Él es justo, sino con la que nos justifica, según expone el Concilio de Trento; de ello trata San Pablo largamente en la carta a los romanos; HOKMAH, «Sabiduría,» nombre que le dan los libros sapienciales y Habacuc, y que confirma el Evangelio, diciendo Jesús: «Y fué santificada la Sabiduría por sus hijos,» también San Pablo en varios pasajes confirma este nombre del Cristo; MAL'AK HAB-BERIT, «Ángel del testamento,» según el profeta Ageo asegura que vendría al templo recientemente reedificado para formar una nueva alianza sempiterna; a esto se refiere el Salvador en la noche de la cena última llamando a su sangre «Nuevo Testamento» ó «sangre del Nuevo Testamento,» esto es, que confirmaría la alianza nueva entre Dios y los hombres, de la propia suerte que la antigua había sido sellada con sangre, como expone San Pablo a los hebreos; RO'EH, «Pastor,» le llama Ezequiel, y el Señor se lo apropia diciendo: «Yo soy el buen pastor que conozco mis ovejas;» SADIQ, «El justo» en boca de Isaías y de Jeremías, como tal fué reconocido por la mujer



guntas yo quisiera valerme de una frase breve y gráfica para definir el estado de María una vez sepultado Cristo, diría que la soledad en que Ella quedó sumida, fué algo así como el vacío absoluto hecho en torno de un corazón amante.

FR. GABRIEL CASANOVA.
FRANCISCANO.

Los nombres del Salvador.

Siendo esta semana destinada por el mundo cristiano a recordar los misterios de la Pasión y Muerte del Redentor, conviene conocer los diversos nombres con que la Escritura santa le designa en el Antiguo y Nuevo Testamento; nombres que indican cada cual una propiedad distinta ó un oficio para con la humanidad, y que han hecho del Hijo de Dios el centro de todas las cosas, el eje de los mundos, la aspiración de los cielos y de la tierra, y el temor de los abismos. Comencemos por el primero y principal que le impuso el Padre celestial antes de nacer de María Virgen.

Jesús, nombre hebreo compuesto *Jehosua*, en su forma abreviada *Jesua* que significa «Jehovah es la salud,» y se descompone en dos, *Jeho*, abreviatura de Jehovah, y *sua*, abreviatura de *yesua*, «salud». Era conocido

Jesús; porque Él libertará a su pueblo de sus pecados, y a María: «Llamarás su nombre Jesús.» Este es el nombre personal del Hijo de Dios encarnado, nombre ante el cual «se postran todas las criaturas cayendo de rodillas, sean del cielo de la tierra ó del infierno;» nombre por el cual le conocieron sus contemporáneos que le solían gritar «Jesús, hijo de David, ten compasión de nosotros;» nombre que Él mismo se apropió cuando dijo a las turbas: «¿A quién buscáis, y respondiendo ellas: A Jesús nazareno, replicó: Yo soy;» nombre que oficialmente le reconoció Pilato, al poner en el título de la Cruz: «Jesús nazareno;» nombre que la Iglesia venera con una fiesta especial, y a cuya devota pronunciación tiene concedidas multitud de indulgencias.

El segundo nombre es CRISTO, procede del griego, que reproduce exactamente el hebreo *Masiah*, «Mesías,» «ungido.» Los antiguos reyes, los profetas y los sacerdotes recibían la unción, y por eso se les llama algunas veces *Cristos*, es decir, ungidos, y por antonomasia se llamó así al Redentor esperado por los judíos, *Mesías*, no porque este hubiera de recibir la unción del óleo, sino porque había de ungiarse con los dones del Espíritu Santo, según estaba predicho por David: «Por lo cual te ungió Dios, el Dios tuyo con el óleo de la alegría;» y por Isaías: «El Espíritu del Señor sobre mí, por lo mismo que me ungió el Señor;» y por Daniel: «Setenta semanas faltan... hasta que sea ungió el Santo de los Santos.» El nom-